

8239 n.º 8 lu. 5/64

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL COLEGIAL,

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA.



1 2 58

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 48.
1865.

L47 - 5394

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antaño.
Abelardo y Eloísa.
Abnegación y nobleza.
Ángela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heroico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catalina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos centra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está local!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el mirinague.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El onenco no estorbar.
El snillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El peso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada día.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marques y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huésped.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Medicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éstasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La niña Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegoría)
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda conciencia.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlargo.
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
Las sisas de mi mujer.

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbarano.

247-5394

EL COLEGIAL

REVISTA DE LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA

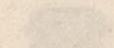
NUMERO 10

D. J. MONTE

EL COLEGIAL.

Publicado por el Centro de Alumnos de la Escuela de la Universidad de Chile

Impreso en la Imprenta Nacional, Santiago, Chile



EL COLEGIAL

REVISTA DE LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA

NUMERO 10

EL. COLLEGIAT.

PERSONAJES.

ACTORES.

MARIA, molinera.....	SRA. RIVAS.
RAMIRO (18 años).....	STA. CHECA.
D. PLÁCIDO, su ayo.....	SR. CUBERO.
ANTON.....	SR. CARRATALÁ.

Molino en las cercanias de Búrgos.—Año 1715.

NOTA. Esta zarzuela ha sido arreglada á la escena española. El original se titula en francés *Le Moulin Joli*, y es de Mr. Clairville.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Gullon, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

*El editor se reserva el derecho de traduccion.
Queda hecho el depósito que marca la ley.*

ACTO ÚNICO.

Sala modestamente amueblada. En primer término, á la derecha, un estante con libros y una mesa. Puertas practicableas á los lados, y en el fondo una ventana, desde la que se vé el campo y la espalda de un molino. En el molino una ventana cercada de enredaderas. Á la derecha de la ventana de la sala, un aparador; á la izquierda una mesa grande.

ESCENA PRIMERA.

MARIA y ANTON, que entra precipitadamente por la derecha.

ANTON. Maria... Marigüela...

MARIA. Zopenco... ¿no me ves? ¿á qué das esas voces?

ANTON. ¡Pobrecita!...—¿Te has asustao?

MARIA. No, pero he tenio miedo. ¿Qué te pasa?

ANTON. ¿Á mí?...—Náa... es decir, á mí sí; se me pasan unas ganas de ser tu marío, que si no fuera por... pero no te lo quio decir... ¡ya tú me entiendes!

MARIA. Mira, Anton, no seas bobo; no te apresures tanto, que aun está el trigo por maurar.

ANTON. Pues si el trigo no. está mauro, yo si lo estoy... y...—pero no mus andemos con riquilorios, y al grano. Tengo que darte un noticion.

MARIA. ¿Un noticion?

ANTON. Mu grande.

- MARIA. Revierta de una vez.
- ANTON. Nostramo...
- MARIA. ¿Quién... don Plácido?
- ANTON. El mismo.
- MARIA. ¿Y qué?
- ANTON. Ha llegao.
- MARIA. ¿Ha llegao?
- ANTON. En presona.
- MARIA. ¿Qué me cuentas? ¿Sabes que es muy extraña su venia, y que me dá qué pensar?...
- ANTON. Pus yo lo creo; y á mí tambien, y eso que no acostumbro á pensar.
- MARIA. Venir antes de la vendimia. ¡Si me paece mentira!
- ANTON. Á mí tambien.
- MARIA. ¿Y qué será?
- ANTON. ¡Bah! ¿quién puee sabelo?
- MARIA. Mucho me temo que el bueno de don Plácido, tu padrino, se haya metido á conspirador.
- ANTON. ¡Calle! pus es verdad... Ahora caigo... Cuando me dijo: «calla, animal; tú no entiendes...» tenia una cara tan... unos ojos tan... un aire tan... si, si; no hay dua, se ha metío á conspiraar.
- MARIA. ¡Pobre señor... á su edad!
- ANTON. Y un hombre tan reuto, tan recogio...
- MARIA. ¿Y cómo no ha de serlo? ¿Ignoras que el marqués de Puerto Alegre le ha confiado su hijo menor para que le eduque secretamente en el seminario de Búrgos?
- ANTON. Tú me lo has contaó, Marujilla... ¿Pero es verdá que mi padrino debe enseñarle á que no sepa náa de lo que pasa en el mundo?
- MARIA. ¡Oh! si: el marqués quiere que su hijo sea un borrico.
- ANTON. Pus por eso han buscao á mi padrino pa maestro, ¿no es verdad?
- MARIA. Yo lo creo: si á los diez y ocho años no sabe el chico una palabra, su preceptor empezará á cobrar una pensión de cuatro mil ducados.
- ANTON. ¡Si yo la hubiá pescaó, eh! ¿qué tal? yo si que le hubiá enseñao en riegla.
- MARIA. ¡Tú!... ¡No seas presumió!—Pero ahora caigo... ¿habrá venío don Plácido á celebrar la boa?
- ANTON. ¡Quiá! No lo creo... su cara no era de boa; y aemas,

yo le eché una indireuta.—¿Cuándo mus saca su merced de ser novios? le dije: ¿y sabes lo que me respondió moviendo el látigo con impaciencia?

MARIA. No.

ANTON. Pus me respondió: «Anda á avisar á Mariguéla, y luego á tu molino; y si güelves á hablarme de noviajo ó de amor hasta que yo lo mande, romperé en tus costillas este látigo.»

MARIA. ¿Eso te dijo?

ANTON. Con toas sus letras.

MARIA. ¿Entonces no querrá que nos casemos?

ANTON. Eso se vé á la legua.

MARIA. ¿Y tú no le has dicho naa?

ANTON. Le iba á icir, pero la vista de su látigo...

MARIA. (Llorando.) ¡Ay, pobrecita de mí!

ANTON. (Consolándola.) Maruja... Marujilla... pimpoyo mio...— El amo viene: cuidaio con comprometeme.

ESCENA II.

DICHOS, D. PLÁCIDO.

PLÁCIDO. (Frotándose las manos.) ¡Bravo!... todo se halla tranquilo: los gañanes arando, los chicos en la escuela... ¡Dios sea loado!... ¡Uf! respiro.

MARIA. Señor... señor... Dios guarde á su merced.

PLÁCIDO. Hola, Maria: ya te habrá dicho Anton cuáles son mis deseos. No quiero que se sepa mi venida.

MARIA. No tenga su merced cuidaio... Pero ¿por qué está su merced así... tan?...

PLÁCIDO. No te importa.

ANTON. Ya se vé, á ella no; pero á mí...

PLÁCIDO. Á tí tampoco.—Tú eres un bruto.

ANTON. No lo niego, padrino.

PLÁCIDO. Vamos á ver, Maria... ¿quieres á Anton, no es verdad?

MARIA. (Bajando los ojos.) Yo...

ANTON. (Á Maria.) Dí que si.

PLÁCIDO. Calla tú, mentecato. ¿Le quieres, si ó no?

MARIA. Un poco.

PLÁCIDO. Bien está; ¿y deseas casarte?

MARIA. (Ruborizándose.) Eso...

PLÁCIDO. ¿Tambien un poco?

MARIA. (De pronto.) No señor, eso mucho.

ANTON. Ya lo icía yo... eso se vé.

PLÁCIDO. Corriente... ¿Con que quedamos en que quereis casaros?

ANTON y MARIA. En seguia.

PLÁCIDO. No tan pronto... mas calma. (Á Maria.) ¿Ves esta sala?

MARIA. Yo lo creo... (¿Si se habrá vuelto loco?)

PLÁCIDO. ¿Te pregunto que si la ves?

MARIA. ¿Si señor, pero qué?...

PLÁCIDO. Nada, hija mia, nada, que me harás el favor de no volver á ella en algun tiempo.

MARIA. ¡No volver! ¿pues qué he hecho?

PLÁCIDO. Sin perder un minuto marcharás al molino, y te estarás allí encerrada hasta que yo te avise.

MARIA. ¡Yo encerrada en el molino!

PLÁCIDO. Y si te asomas á una ventana, si hablas demasiado alto, renuncia para siempre á casarte con Anton; tú irás á un convento y él á la guerra... ¿lo ois?

MARIA. ¿Si, pero yo qué culpa tengo?

PLÁCIDO. Lo dicho, encerrada, ó si no...

ANTON. Y diga su merced, ¿vá á encerrame con ella á mí tambien?

PLÁCIDO. ¡Cómo se entiende! Tú serás su carcelero.

MARIA. Mi carcelero!

PLÁCIDO. Toma las llaves, acompaña á Maria, la encierras, das dos vueltas, y te... vuelves.

MARIA. Pero yo no consiento que me encierren; el tiempo está borrascoso, vá á estallar la tormenta y me dá miedo.

ANTON. Tie razon... yo debía acompañarla.

PLÁCIDO. Si truena, yo seré quien te hará compañía.

ANTON. ¡Su merced! (Malo... ¿si pensará?...)

MARIA. ¿Qué es lo que dice su merced?

PLÁCIDO. ¡Que se haga al punto lo que mando, voto á dos mil demonios! Al molino... las llaves... y vuelve tú en seguida.

MARIA. Pero señor.

PLÁCIDO. Nada, nada... soy inexorable.

ANTON. Anda, mujer, yo te consolaré hasta onde se puea. En cuanto á mí... yo...

PLÁCIDO. ¿Tú? Eres un asno.

ANTON. No lo niego, padrino. (Vánse por la izquierda.)

ESCENA III.

D. PLÁCIDO solo.

Ya se marcharon .. ¡uf! Ahora sin perder tiempo traslademos aquí al jóven colegial y velemos hasta mañana por su inocencia. ¡Ah! esos libros... (Indica los que hay en el estante.) Veamos si los puede leer, no sea que haya alguno demasiado imprudente... (Los examina.) No, no; todos son clásicos... Santa Teresa de Jesús... el Año Santo... ¡Magnífico! Pero me está esperando en ese cuarto que comunica con el exterior... (Se dirige hácia la puerta de la derecha.) Entrad, amigo mio, entrad.

ESCENA IV.

DICHO, RAMIRO con manteo y beca, que entra por la derecha.

RAMIRO. Gracias, gracias, mi querido preceptor. Os debo una felicidad inmensa, la primera que experimento en la vida.

PLÁCIDO. (¿Qué es lo que dice?)

RAMIRO. Esos prados, esos arroyos bullidores, esos pájaros que cantan, esas brisas que murmuran, esos celajes que hemos visto al pasar, que yo he saboreado contemplándolos desde la ventana de esa habitacion, me han entusiasmado! ¡Quién pudiera vivir siempre en medio de esta naturaleza! El seminario me causa horror. ¡Ah! si, nada hay tan grato como la libertad completa.

PLÁCIDO. (Asustado.) ¡La libertad! (¿Es cosa de volverse uno loco!) Decid, caballerito, ¿qué autor clásico es el que os ha inspirado esas ideas... subversivas?

RAMIRO. No lo sé; y francamente, me cuesta mucho comprender lo que pasa por mí... En ciertas ocasiones siento latir mi corazon, y no me explico la causa de sus latidos. Mas á menudo aun me representa mi imaginacion con rasgos de fuego unas imágenes...

PLÁCIDO. ¿Unas imágenes? (¡Malorum!)

RAMIRO. Si, unas imágenes que desaparecen en seguida.

PLÁCIDO. Mas vale asi.

RAMIRO. Por fin, yo no sé lo que deseo, pero sé que deseo al-

go... no comprendo mis delirios, pero sé que fascinan mi mente, y que esta fascinacion se repite...

PLÁCIDO. ¡Ay! ¡Dios mio!... ¡Dios mio!... Á que este mentecato con sus deseos y sus delirios vá á quitarme la pension y el favor de su padre? Es preciso destruir esos gérmenes *guta cavat lapiden*, que dijo el otro.)

RAMIRO. No cabe duda en que soy muy feliz, por lo menos vivo tranquilo; pero algunas veces me irrita esta misma tranquilidad, y me parece que debería tener mas actividad, ser mas útil en el mundo... ¿qué sé yo? Combatir como los guerreros de la antigüedad.

PLÁCIDO. ¡Combatir! ¡Y habeis pensado en eso!... ¡Jesús!... Jesús! ¡qué escándalo! Enseñe usted la historia antigua á estos chicuelos... ¡Verter la sangre humana!... ¡Horror!... ¡furor!... ¡terror!... y las palabras del Evangelio: «Todo el que á hierro mate á hierro morirá...»

RAMIRO. Es verdad, hago mal en pensar en esas cosas... ¡Oh! yo me enmenaré.

PLÁCIDO. ¡Combatir!... eso sería espantoso; y ademas, ¿qué diria vuestro padre, hijo mio? Él, que no quiere que seais un César... No por Dios.—Yo soy responsable de todas vuestras ideas incoherentes, y si él supiera... Pero ya es hora de almorzar: voy á mandar que os traigan el almuerzo... frutas y leche, el manjar mas inocente, el mas casto. Vaya, adios... vuelvo en seguida... descansad y mañana al amanecer partiremos.

RAMIRO. ¿Partiremos? ¡Oh! qué gusto, y ¿adónde?

PLÁCIDO. ¡Ya lo sabreis mañana; lo dicho, y cuidado conmigo! Preparaos á saborear las frutas y la leche. (Sale por la izquierda.)

ESCENA V.

RAMIRO, solo.

Leche, frutas, latin, paredes elevadas... Todo esto será muy bueno; las frutas para apagar la sed, el latin para dormirse y las paredes para librarse de la intemperie; pero á pesar de todos los placeres que brindan á mi juventud, me parece que la vida que paso es una cosa bastante triste. ¡Siempre felicidad, y sobre todo siempre la misma felicidad!...—Francamente, hay dias en

los que desearia que me ocurriese cualquier desgracia, siquiera para ahuyentar la monotonía...— ¡Y este cuarto no es nada alegre!... ¡Un estante con libros!— ¡Es fuerte cosa, los libros me persiguen á todas partes!—Sin embargo, si entre ellos hubiera alguno... así... un poco alegre... Veamos... (Hojea algunos.) ¡Ay! son los mismos que veo á todas horas en el seminario.—Y este... ¡calle! es la primera vez que cae en mis manos: *Tratado de las sensaciones*, por Condillac. ¡Las sensaciones!... ¡Desde que me conozco creo no haber tenido sensaciones! (Maria tararea, y Ramiro, sorprendido, escucha con el mayor interés.)

MARIA. (Dentro.) La la rá... la la rá... (Tarareando.)

CANTO.

RAMIRO. (Hablando.) ¡Qué voz tan deliciosa! ¿Será posible? ¿existe esto en el mundo?

MARIA. (1.ª) La la rá... la la rá...

Desde que el sol derrama
sus resplandores
hasta que con sus sombras
viene la noche,
es mi destino
hacer que ande la rueda
de mi molino.

RAMIRO. (1.ª) Es una molinera... y debe tener una cara... ¡angelical!

MARIA. Tric trac... tric trac...

Quando me dan el trigo
quieren harina,
mas todos se contentan
con mi sonrisa.

De tal manera,
que presos en mis redes
todos se quedan.

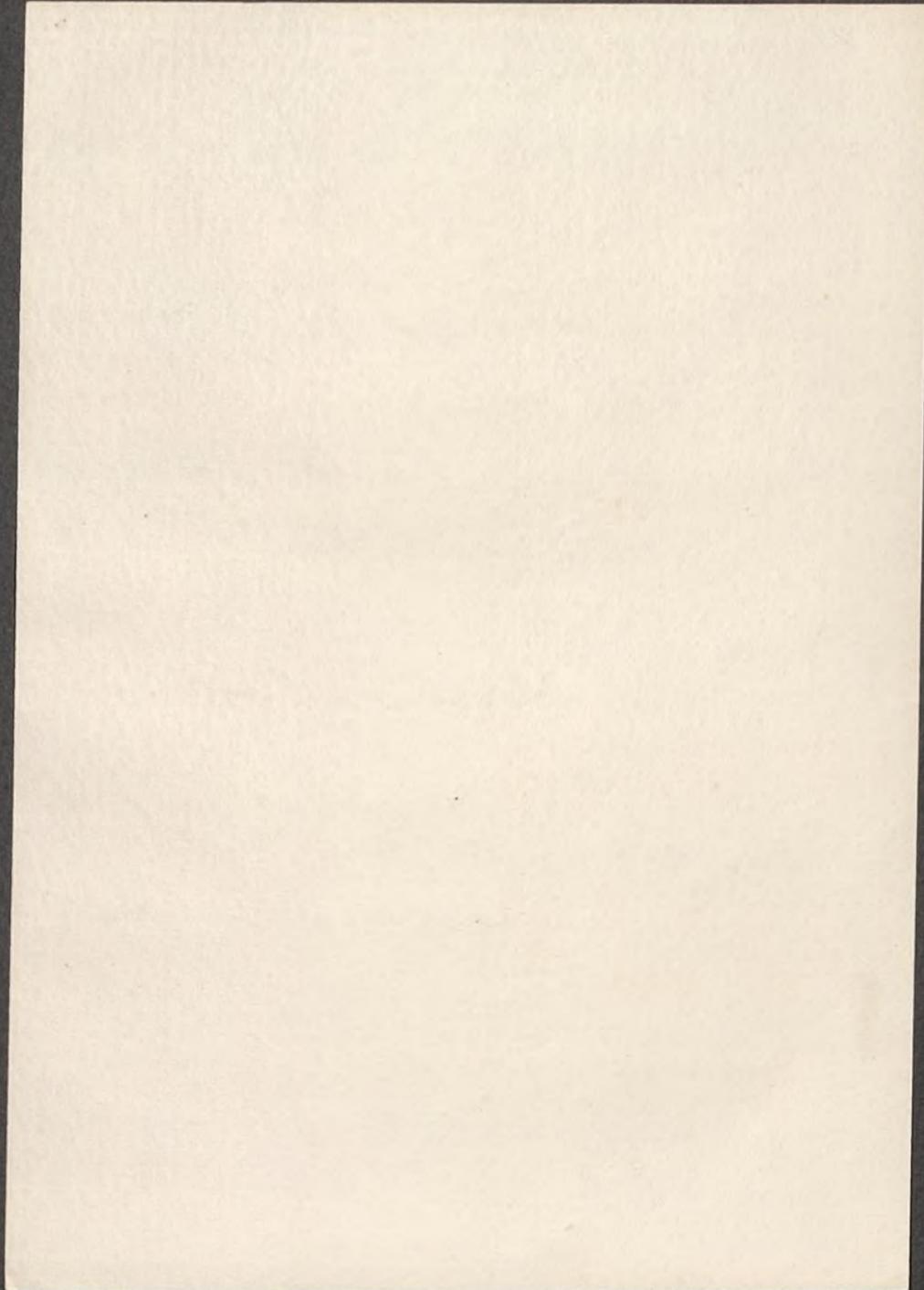
(Se asoma á la ventana del molino.)

Umbela (P.).

El colegial. Discurre
la en tacto y prosa.
Música de A. F. Va
lenti.

Madrid; Rodríguez;
1863.

8^o m^o l^o r. foll.



HABLADO.

RAMIRO. ¡Gran Dios, qué veo! es ella... ¡qué ojos!... ¡qué cara!... ¡parece una santa!

MARIA. ¡Calle! hay un jóven en la sala... y es guapo!... por eso me han encerrado: ¡yo les ajustaré las cuentas!

ESCENA VI.

RAMIRO, D. PLÁCIDO.

PLÁCIDO. (Dentro.) ¡Maria! .. ¡Anton!... ¡Maria!...

RAMIRO. ¡Mi preceptor!

PLÁCIDO. (Entrando con una carta en la mano.) ¡Qué es lo que acabo de leer, justo cielo!

RAMIRO. ¡Qué lástima que haya venido!...

PLÁCIDO. (Leyendo.) «Compadecedme, mi querido señor don Plácido: no tenía mas que dos hijos; el uno era todo mi orgullo, el otro me recordaba todos los errores, todas las faltas de mi vida... Pues bien, acabo de saber que el primero de mis hijos ha sido muerto en un duelo...»—¡Muerto... él! ¡un coronel! ¡es espantoso!—«Por inmenso que sea mi dolor, debo acatar la voluntad del cielo. Ramiro es hoy el único heredero de mi título: es necesario que venga á Madrid, y que reemplace en todo á su hermano. El mensajero que nos entregará esta carta lleva varios uniformes de coronel; escoged uno, y vestid con él á vuestro discípulo. Os encargué que hicierais de él un eclesiástico modelo de virtud; hoy es pido que me lo devolvais hecho todo un coronel de caballería...»—Un coronel de caballería, y si no, adiós pensión... Semejante contra tiempo... ¡Voto á dos mill!... (Dá una patada en el suelo, y Ramiro, que no separa la vista de la ventana, se asusta.)

RAMIRO. ¡Qué es lo que tiene mi preceptor!

PLÁCIDO. ¡Él, un jóven tan tímido, un jóven á quien he logrado enseñar á que no sepa nada... á que no sienta nada!...

RAMIRO. ¿Deberé decirle que he visto á esa mujer?—¡Oh! no, se enfadaría y no me dejaría volver á verla.)

PLÁCIDO. ¿Cómo empezar?... (Ramiro se adelanta hácia él con los ojos bajos y fingiendo una gran timidez.) Aquí viene... ¡eh! ¿qué

- tal? Parece una Santa Rita de Casia... ¡Y pensar que he de hacer de esta monjita un coronel, y de caballería!...)
- RAMIRO. (¡Ay, cuándo volveré á oirla... y á verla!)
- PLÁCIDO. (Paseándose meditabundo.) (El amor ha hecho héroes á los mas timoratos... Si yo empezase á fijar su atencion en el amor...)
- RAMIRO. (Mirándole de reojo.) (¡Ay! ¡qué ojazos me echa!... ¿por qué me mirará de esa manera?... ¿Si se conocerá en la cara lo que...)
- PLÁCIDO. (La historia romana está llena de picardigüelas.. Acaso al estudiarla, habrá reflexionado...)
- RAMIRO. (No se marcha... me estorba que la vea.)
- PLÁCIDO. (Con amabilidad.) Venid acá, Ramiro, venid acá y sentaos á mi lado.
- RAMIRO. (Sentándose.) ¡Qué fastidio!
- PLÁCIDO. Hasta hoy por razones que os explicaré despues, me he visto precisado á dejaros ignorar muchas cosas que á cierta edad debe saber un hombre.
- RAMIRO. ¿De veras... y qué cosas?
- PLÁCIDO. Viviendo aislado bajo las pudorosas paredes de un seminario, vuestros sentidos no os han hablado todavia, vuestro oido no ha escuchado jamás los sonidos de una música embriagadora, de una música...
- RAMIRO. (¡Ah! si, la he oido... Qué cosa tan rara... ¿con que todos los hombres oyen esa música?...)
- PLÁCIDO. Vuestros ojos no han sido fascinados por la inesperada aparicion de... un objeto seductor.
- RAMIRO. (¡Ah! si, si: qué gusto!... Esto me convence de que soy hombre.)
- PLÁCIDO. Por fin... no habeis experimentado ninguna de esas impresiones que hacen que... que son causa de que... últimamente que nos... ya me comprendeis ¿no es verdad?
- RAMIRO. No por cierto, no entiendo una palabra.
- PLÁCIDO. (Lo creo, porque yo tambien me quedo en ayunas.) Pondré un ejemplo claro. Hay en la historia de los pueblos cierto pasajes, que no solamente ilustran nuestra inteligencia, que no solamente forman nuestra educacion, sino que despiertan en nuestro corazon ciertos sentimientos, ciertas emociones...
- RAMIRO. Os escucho con la mayor atencion.

- PLÁCIDO. Bien... bien, así me gusta. Recorramos la historia romana, que no hace mucho habeis aprendido, recorramosla, y decidme, por ejemplo, qué habeis creído ver en el fuego sagrado que alimentaban noche y día las famosas vestales?
- RAMIRO. ¿Qué es lo que he visto en el fuego sagrado?... Toma, qué he de haber visto, fuego.
- PLÁCIDO. (No ha visto más que fuego en el fuego sagrado de las vestales. ¡Estamos lucidos! Pobre joven...) Veamos otro episodio... la historia de Lucrecia, de la hermosa Lucrecia romana... ¿os acordais?
- RAMIRO. Sí, Lucrecia, mujer de Sexto Tulio, que se clavó un puñal en el pecho, para librarse de las persecuciones de Tarquino.
- PLÁCIDO. Muy bien; pero ¿de qué naturaleza eran estas persecuciones?
- RAMIRO. ¿De qué naturaleza?
- PLÁCIDO. Sí: ¿qué quería Tarquino de la mujer de Sexto?
- RAMIRO. ¿Qué quería?... quería... quería seguirla.
- PLÁCIDO. Corriente, pero ¿con qué propósito?
- RAMIRO. ¿Con qué propósito? Con el de... la historia no lo dice.
- PLÁCIDO. ¿Y vos, qué es lo que habeis comprendido?
- RAMIRO. Yo he comprendido que la seguía... con el propósito de... seguirla.
- PLÁCIDO. ¡Pues es claro! (Y he de hacer de este chico un militar... ¡ay! ¡Dios mío! ¡Dios mío!)
- RAMIRO. ¿Por qué os poneis así?
- PLÁCIDO. (¡Tengamos paciencia.) Vamos á ver, hijo mío... ¿Por qué razón robaron los romanos á las sabinas?
- RAMIRO. Rómulo lo ordenó.
- PLÁCIDO. ¿Y por qué lo ordenó?
- RAMIRO. Porque los sabinos, pueblo vecino de Roma, se negaron á contraer toda clase de alianza con los romanos.
- PLÁCIDO. ¿Y qué sucedió á las sabinas?
- RAMIRO. Las sabinas llegaron á ser madres; y á pesar de los sabinos, las sabinas prefirieron los romanos á sus maridos los sabinos. Y esto sabiendo los sabinos se sublevaron; y sin que las sabinas los contuvieran, los sabinos combatieron abandonados de las sabinas; pero en medio del combate que trabaron en Roma, las sabinas... digo, los sabinos...
- PLÁCIDO. Basta ya de sabinos y de sabinas... (Se levantan.) ¡Ah!

qué vá á ser de mí, me voy á volver loco. Este olmo no dá peras... y sin embargo es necesario... cambiemos de sistema, será preciso abordar la cuestion.)

RAMIRO. (¡Bah! yo creí que iba á hablarme de otra cosa... ¡Por qué no se irá!)

PLÁCIDO. (Si yo le hablara de la gloria... de los combates... Si, si...)

RAMIRO. (Si pudiese volver á verla, oír su voz siquiera...)

PLÁCIDO. (Cantando.)

«El soldado es rey del mundo,
»las batallas su festin.»

RAMIRO. (¡Se ha vuelto loco!)

PLÁCIDO. (id.) «Cuando el fuego enciende el aire...»

RAMIRO. ¡El fuego!... ¡Ah! ¡Bravo! continuad.

PLÁCIDO. ¡Hola! parece que mi canto os entusiasma mas que mis preguntas.

RAMIRO. Me asombra lo que decis... fuego... soldado... no me habeis repetido esta mañana, que aquel que á hierro mata á hierro muere?...

PLÁCIDO. Si que os lo he repetido, y con razon, pero al mismo tiempo... ya me comprendeis... la guerra para un hidalgo como vos... la guerra... ¡Vivan las batallas! las victorias... ¡los triunfos!

CANTO.

PLÁCIDO. No hay náda, no, como el combate airado en que con ansia ardiente de triunfar, se lanza audaz por el honor guiado todo el que anhela gloria conquistar.

RAMIRO. ¿Qué es lo que dice? á pelear me incita.
¡Me habla de gloria y de conquista... á mí!
Verme luchar el profesor medita...
Mejor es esto que estudiar latin.

PLÁCIDO. El militar vive de amar, y la muchacha mas vivaracha dándole fé, presa en sus ojos se vá tras él.

RAMIRO. ¿Se vá?
PLÁCIDO. Sin duda.
RAMIRO. ¿Y para qué?
PLÁCIDO. Para...
RAMIRO. Decídmelo.
PLÁCIDO. Para...—No sé.
(Desasnar á este chico
tiene mucho que hacer.)

Empuñando la espada guerrera
mientras ruge la voz del cañon,
al combate volemós, Ramiro,
que nos brinda victoria y honor.
RAMIRO. Si, volemós, mi pecho se enciende,
algo siento que excita mi ardor,
lucharé cual valiente soldado
si consigo victoria y amor.

HABLADO.

RAMIRO. Si, mi querido preceptor... la gloria... el amor... los
combates... las mujeres... Yo quiero ser soldado... os
lo ruego por Dios, yo quiero ser soldado...
PLÁCIDO. ¡Al fin! Lo que no puede la historia romana lo puede
la música... ¡uf! respiro.

ESCENA VII.

DICHOS, ANTON con una cesta.

ANTON. Aquí está el desayuno. (Calle... un desconocio! ¿Qué
pajarraco será este?)
PLÁCIDO. (De pronto dándose una palmada en la frente.) ¡Ah! ¡qué idea!
ANTON. ¡Eh! (Retrocede asustado.)
PLÁCIDO. ¿Qué es lo que te pasa?
ANTON. Ná, padrino... su mercé ha dicho... ¡ah! y yo he res-
pondio... ¡eh!... ¿Se ha puesto malo su mercé?
PLÁCIDO. Eres un animal.
ANTON. No lo niego, padrino.
PLÁCIDO. Véte con dos mil de á caballo.
ANTON. Ya me voy conmigo solo, y á pata. (Vá á salir.)

- PLÁCIDO. No, no te vayas... te lo mando.
ANTON. Pues si no me voy, es señal de que me queo.
PLÁCIDO. Pon tres cubiertos en esta sala.
ANTON. ¡Cómo! ¿en el suelo?
PLÁCIDO. No, bárbaro, en la mesa.
ANTON. ¡Ah! yo creí que su mercé queria comer como las...
PLÁCIDO. Y vos, Ramiro, venid conmigo.
RAMIRO. Vamos donde gustéis... (Si lograrse verla... ¡ah!)
PLÁCIDO. Vamos, vamos, y lo dicho, tres cubiertos... (Á Anton.)
¡Por qué me miras así, mentecato?... ¡Uf!... ¡eres un
avestruz! (Salen Ramiro y Plácido.)
ANTON. No lo niego, padrino.

ESCENA VIII.

ANTON, solo.

«Imbécil... alimal... mantecao... avistruz...» ¡Vaya una pulítica pa un maestro de escuela!... Francamente, hay días en los que mi padrino paece un... yo creo que tie venas de loco.—«Véte... no te vayas... pon tres cubiertos en la sala... no, ponlos en la mesa.» No hay medio de darle po el gusto.—Y ahora que me acuerdo, se ma olviao entriegarle la carta que acaban de traer pa él con mucha urgencia... Bueno se vá á poner... no, yo no se lo igo antes de almorzar... primero llenar la panza. ¡Bah! pongamos la mesa. (Lo hace: pausa.) ¡Ah!—Este suspiro, bien sabe Dios que ma salió de lo mas hondo del estógamo, y que es por una molinera, que me tie hecho harina.—Estoy rabian-do por bailar en mi boda... y descansar del baile...

CANTO.

La mujer, sin duda alguna,
es producto del demonio,
y nos lleva en cuerpo y alma
al brindarnos el placer.
Pero en cambio su sonrisa
nos resarce de tal modo,
que aunqe se halle endemoniada

es precisa la mujer!
Si es beata ¡Dios nos libre!
Y si cae cuando tropieza,
se hace un bulto en la cabeza
su marido sin caer.
Sus caprichos son azotes,
cuestan caros sus hechizos;
mas con todo, pobre el hombre
á quien falta una mujer.

HABLADO.

Ya está puesta la mesa. Pero ahora caigo... ma dicho que ponga tres cubiertos... Esta es sin duda la recompensa que me tie prometida: ¡qué borrico soy! ¡Me conría á almorzar á su mesa! (Salta con alegría.)

MARIA. (Dentro.) Está muy bien, señor don Plácido; haré lo que desea su mercé.

ANTON. ¡Eh! ¿qué es eso?

ESCENA IX.

ANTON, MARIA, con un canastillo de manjares, y vestida con coqueteria.
Al entrar deja el canastillo.

MARIA. ¡Uf! ¡cómo pesa esto!... ¡y qué tiempo tan malo! Mucho me temo una tronaa...

ANTON. ¡Qué es lo que ven mis ojos!

MARIA. ¡Calle... no está!... Se habrá marchao.

ANTON. (Con severidad.) ¿Quién sa marchao?

MARIA. Nada os importa, señor carcelero.

ANTON. ¡Cómo que no me importa! Esperó que me despicáras...

MARIA. ¿Qué quieres que te desplique, lo que he traio en este cesto? ¡Pero qué veo! ¡leche! ¡frutas! Quitad al punto de esa mesa todas las porquerias que habeis puesto.

ANTON. ¡Eh! poco á poco, que es el almuerzo de mi padrino.

MARIA. ¿Su almuerzo? ¡por supuesto!... Mira, mira una muestra de su almuerzo. (Le enseña un par de botellas de vino.)

ANTON. ¡Vino! Jesús me valga.

- MARIA. Y has de saber que me ha convidao á almorzar.
ANTON. ¿Á tí?
MARIA. Él mismo ha ido en persona á buscarme al molino.
(Ponen la mesa entre los dos.)
ANTON. ¡Él mismo!
MARIA. Lo que oyes; y me ha dicho: «Maruja, te convido á almorzar.»
ANTON. ¿Pero es posible?
MARIA. «Y has de ponerte lo mas guapa que puedas, porque será preciso que... en fin...» Y el pobre señor se ponía colorao, colorao al hablarme.
ANTON. ¡Bah! ¡bah! ya estoy al cabo... Ta encargao que te pongas tan guapa, pa que me gustes.
MARIA. ¿Á tí?
ANTON. La prueba es que vamos á almorzar juntos los tres.
MARIA. ¡Qué tonto eres!
ANTON. ¿Y si no pa qué ma dicho que ponga tres cubierto?
MARIA. ¡Tres! (¡Ah! ya estoy... quizás el jóven á quien debo enseñar...)
ANTON. ¿Qué te pasa? ¡hablas sola!
PLÁCIDO. (Dentro.) Por aqui, coronel, por aqui.
ANTON. ¡Eh! ¡Coronel!... si hablará con el rucio?
MARIA. Cá...
ANTON. Pus entonces ha llegao tropa... Malo; mas te valdria estar en el molino.
MARIA. ¡Qué veol! ¿es el jóvencito de antes!
ANTON. ¡Eh! ¿qué jóvencito es ese?
MARIA. ¡Qué guapo está! ¡qué bien le sienta el uniforme!

ESCENA X.

DICHOS, D. PLÁCIDO, RAMIRO con uniforme de coronel de caballería.

- RAMIRO. ¡Voto á brios! ¿No hay por aqui una muchacha de ojos negros que se atreva á rendir á un militar?
PLÁCIDO. Bien, muy bien.
ANTON. ¡Calle! el de antes... y busca una muchacha... ¡Miuste la monjita!...
PLÁCIDO. ¿Qué haces aqui, Maria?
MARIA. Yo, señor... (¡Qué guapo es el melitar!...)
PLÁCIDO. Ven aqui... ven aqui...
MARIA. No me atrevo...

- PLÁCIDO. No te atreves... (Mira á Ramiro, que se ha quedado como cortado.) (Y él tampoco... já... já... já... La chica tiene miedo y el coronel se ruboriza!...) ¿Coronel... no venis?
- RAMIRO. Yo... mi querido preceptor.
- PLÁCIDO. ¿Cómo es eso?... ¡Mil bombas!...
- ANTON y MARIA. (Santiguándose.) Jesus Maria y José.
- PLÁCIDO. ¡Un coronel de caballería!... (Á Maria.) ¿Y tú no sabes ya mis instrucciones?
- ANTON. (¿Si querrá que Maria se encargue de enseñar á su discípulo? No pus yo...)
- PLÁCIDO. (Viendo á Ramiro y á Maria, que se acerca poco á poco y con los ojos bajos.) ¿Ninguno de los dos os atreveis?... Voto al chápulo verde... Á la mesa y el vino os dará alas.
- ANTON. (Sentándose á la mesa.) Eso sí. ¡Á la mesa! El vino quita la vergüenza, pero yo velaré por la inocencia de mi Maruja.
- PLÁCIDO. (Á Anton.) ¿Qué haces ahí?
- ANTON. ¿Yo, padrino?... na... como su mercé ha dicho «á la mesa...» me sentao.
- PLÁCIDO. ¡Quieres quitarte de ahí! Eres un animal... (Le levanta agarrándole de una oreja.)
- ANTON. No lo niego, padrino.
- PLÁCIDO. Hé aqui vuestro puesto, coronel, este el de Maria, y este el mio. (Se colocan, Maria en medio, Ramiro á su izquierda y Plácido á su derecha.)
- ANTON. Toma, eso es güeno... ¿Y yo?
- PLÁCIDO. Tú, avestruz, vas á servirnos... llenarás las copas y nosotros las beberemos.
- ANTON. (¡Ah! esto ya es demasiao... me parece que me faltan al respeto.)
- PLÁCIDO. Vamos, coronel, cuidad bien á vuestra vecina, sed galante con ella.
- RAMIRO. Galante... pero si no sé cómo...
- PLÁCIDO. ¿Qué decis?... Mil truenos... Á vuestra edad se aprenden esas cosas sin maestro, el uso...
- RAMIRO. Pero como no he usado...
- PLÁCIDO. Tiene razon... Anton, llena esa copa. (La de Ramiro.)
- RAMIRO. ¿Qué licor es este?
- PLÁCIDO. Probadlo, amigo mio.
- RAMIRO. (Bebe.) ¡Ah! (Hace un gesto.)
- PLÁCIDO. ¿Qué os sucede?

- RAMIRO. Es que esto pica.
- MARIA. (Coge la copa de Ramiro, y bebe.) Á ver. ¡Calle! y es verdad... pica...
- ANTON. (Empina la botella.) ¡Pus tien razon... pica!...
- PLÁCIDO. ¿Qué haces tú? (Á Anton.)
- ANTON. Naa.]
- PLÁCIDO. Eres un estúpido.
- ANTON. (Entusiasmándose.) No lo niego, padrino.
- RAMIRO. Otra copa, otra copa. (Anton llena las copas de todos.)
- PLÁCIDO. ¡Bravo! ya empieza á entrar en calor.
- ANTON. (¡No hay dua, me faltan al respeto!)
- MARIA. Á mí tambien, Anton, échame vino.
- PLÁCIDO. ¡Magnífico!
- ANTON. Mía que se te vá á subir á la cabeza.
- MARIA. ¡Bah! no te cuides de la mia, piensa solo en la tuya...
- PLÁCIDO. ¿Quién se atreve á hablar mal de este néctar sabroso?
- MARIA. Es Anton.
- PLÁCIDO. ¿Y quién te manda hablar?
- ANTON. Yo... padrino... Ya sabe su mercé que yo...
- PLÁCIDO. Eres un imbécil.
- ANTON. (¡Decididamente me faltan al respeto!)
- RAMIRO. Es singular lo que me pasa... Siento ¡aquí un fuego... un fuego delicioso que me embriaga, veo unas cosas... ¡me parece que sueño!...—Hermosa molinera...
- PLÁCIDO. ¡Bravo! ya empieza el coronel á darse á conocer. (Ramiro y Maria brindan y beben.)
- ANTON. (Á Plácido.) Pero, padrino, miste que van á emborracharse, y yo no respondo...
- PLÁCIDO. Ni yo tampoco... Cállate y déjalos...
- ANTON. ¡Ya callo!... (Lo dicho, me faltan al respeto.)
- PLÁCIDO. Propongo un brindis.
- ANTON. (El diablo tié en el cuerpo.)
- MARIA. Si, si, á brindar.
- ANTON. Tambien ella... así son toas las mujeres... toas... toas...
- PLÁCIDO. Silencio y atencion.

CANTO.

- PLÁCIDO. (Levantándose con la copa en la mano.)
Á la salud
del coronel

que á las muchachas
ha de vencer.
MARIA. (Id.) ¡Á su salud!
ANTON. (Espantado.) ¡Brinda por él!
RAMIRO. (Brindando.) Á la vuestra, María.
ANTON. No me hacen caso,
me vengaré.
PLÁCIDO. } Ya estan encandilados,
los dejaré.

I.

RAMIRO. Cuando con su mirada
busca mis ojos,
yo no sé lo que siento,
mas sé que gozo.
Mírame por Dios, niña,
que en tu mirada
un nectar delicioso
das á mi alma.

MARIA. (Á D. Plácido.) ¿Le miraré?

PLÁCIDO. Haz lo que te parezca.

MARIA. (Mirando á Ramiro.) Os obedeceré.

RAMIRO. Dame esa flor. (Le quita una rosa que tiene en el pecho.)

MARIA. Mi rosa.

PLÁCIDO. ¡Bravo, bravo!

ANTON. ¡Qué horror, qué horror!

PLÁCIDO. Su atrevimiento alabo.

II.

RAMIRO. Esta rosa, hechicera
como tu cara,
solo con su contacto
mi mano abrasa.
En ellas tus hermosas
mejillas veo,
mira, niña del alma,
cómo te beso.

MARIA. ¡Ay! ¡es verdad!

PLÁCIDO. (Á Maria.) ¿Quisieras ser la rosa?
responde.

MARIA. (Suspirando.)

¡Ah!

ANTON. (Llorando.)

¡Ah!

MARIA. (De pronto.)

Pero no puedo,
no, consentir
que me arrebate
la flor así.

RAMIRO. (Pone la rosa sobre la mesa.)

Pues ven por ella.
Mírala aquí.

MARIA. (Cogiéndola.)

Ved cuál la cojo.

RAMIRO. (Cogiendo su brazo.)

También yo á tí,
huye si puedes.

MARIA.

No puedo huir.

ANTON. (Interponiéndose.)

¡Hola! ¿qué es esto?
Que estoy aquí.

RAMIRO. (Dándole una bofetada.)

Véte, podenco.

ANTON.

¿Podenco?

PLÁCIDO. (Dándole otra.)

Si.

RAMIRO. (Besando la mano de Maria.)

No te separes
nunca de mí.

ANTON.

¡Cielos, me olvida!

PLÁCIDO.

¡Quiero morir!

RAMIRO. (Á Maria.)

La cosa marcha.

MARIA.

¿Eres feliz?

ANTON.

Comienzo á serlo.

PLÁCIDO.

¡Triste de mí!
¿Veis lo que haceis, padrino?
Pues aun no has visto el fin.

RAMIRO y MARIA.

No hay en la vida
dicha mayor
que la que al alma
brinda el amor.
Preso en tus redes
Presa en sus
tan feliz soy,
que ya sin adorarte
adorarle
no quiero nada, no.

PLÁCIDO. Muy bien se explica;
le sobra ardor.
En un instante
se transformó.
El colegial
un hombre es hoy:
se alegrará su padre,
y yo tendré pensión.

ANTON. Ya se ha olvidao
de nuestro amor:
un uniforme
la trastornó.
Perjura... aleve...
Pero no, no...
yo haré que cese al punto
mi triste situacion.

HABLADO.

ANTON. Pero ahora que me acuerdo, padrino. Hace mas de dos horas que trajeron esta carta pa su merced... y me dijeron que era urgente.

PLÁCIDO. ¡Urgente, y te estás con tanta pachorra!... Dámela al punto, dámela. (Se la dá.) (¡Qué ve!... letra del marqués... del padre de Ramiro!...) (Lee.) «Mi querido »preceptor: por un favor del cielo, mi hijo mayor, mi »Enrique, acaba de llegar á mi presencia...» ¡Qué es esto! Entonces... ¡ah! (Se desmaya y deja caer la carta. Todos acuden á socorrerle.)

MÁRIA. ¡Cielos! se ha desmayado.

ANTON. Un soponcio... un soponcio...

RAMIRO. Darle un calmante.

ANTON. Aqui hay una botella...

PLÁCIDO. (De pronto.) ¿Quién habla de botellas? (Á Ramiro.) ¿Quién os ha dado permiso para poner os ese uniforme? (Á María.) ¿Qué haces tú aqui? (Á Anton, que empina la botella.) Y tú... ¿cómo te atreves á darnos el mal ejemplo de empinar el codo?

TODOS. Pero si...

PLÁCIDO. No hay pero que valga... Quitad la mesa... (Lo hacen atropelladamente.) tirad los vinos, desnudaos... no, aqui

no... hay una jóven. Que preparen mis caballos. (Salen Ramiro, Anton y Plácido.)

ESCENA XI.

MARIA.

¡Dios mio, otra vez encerrada! ¿Quién puede comprender lo que aqui pasa? ¡Calle! y se ha dejado la carta que ha ocasionao tanto trastorno! Si yo fuera curiosa... qué bien hizo el señor cura en enseñarme á leer... Ahora podria... pero no, soy discreta y no me meto en donde no me llaman. Con todo... esta carta... ¿Y por qué no ha de interesarme? Empezaré á leerla, y si no me importa la dejaré en seguida. (La coge.) «Mi querido (Leyendo.) preceptor: por un favor del cielo, »mi hijo mayor, mi Enrique, acaba de llegar á mi presencia, y para que nada falte á mi alegría me ha »traido las pruebas de la inocencia de su madre. ¡Oh! »¡cuán injusto he sido con ella y con Ramiro! Quiero »que este último se reuna con su hermano y sea militar como él... Venid pronto á mi lado, y empezareis »á disfrutar la pension que tan bien habeis ganado.» ¡Calle! ¿conque, segun esta carta, don Plácido y el colegial se ausentarán de aqui? ¡Qué lástima!—¿Y vá á ser militar?—¡Lo apruebo!... ¡Y poquito bien que le sienta el uniforme!...—Y vá á partir... ¡lo siento! ¡Es tan amable... tan simpático!... Tiene un gracejo... y una... ¡Calle! ¡Es él! Apuesto á que viene en mi busca... Tiene una osadia...

ESCENA XII.

MARIA, RAMIRO, que entra por la ventana con el uniforme militar.

MUSICA.

(Hablado mientras preludia la orquesta.)

RAMIRO. Héme otra vez aqui: vivir no puedo sin contemplar su rostro.

MARIA. ¡Ah! ¡vos aquí!
RAMIRO. (Me ha visto:) mucho arrostro;
pero en cambio la veo..

CANTO.

MARIA. ¡Socorro!
RAMIRO. No te asustes; no desee,
hermosa molinera,
mas que piedad.

Á DUO.

No sé, bien mio, (Se abrazan.)
qué es lo que siento;
de mi tormento
ten compasion.
No te separes
ya de mis brazos,
que son los lazos
de eterno amor.
MARTA. Cuando le miro,
no sé qué siento;
su triste acento
dá compasion.
Dulce ventura
gozo en sus brazos.
¡Benditos lazos
los de mi amor!

MARIA. Salid al punto, ó llamo...
RAMIRO. No grites... ya me voy; pero te amo...
MARTA. (¡Pobrecito, se vá!)
RAMIRO. Lo que es la puerta
está cerrada.

MARIA. Y la ventana abierta.

RAMIRO. Ya lo sé... Adios, ingrata;
si muero, tu desden es quien me mata.

MARIA. ¡Ah! por Dios, no salgais... ¡Pobre mancebo!

RAMIRO. ¿Me detienes?

MARIA. Yo no; mas llueve mucho,

y si os hicierais mal...

RAMIRO.

¡Gran Dios! ¿qué escucho?

Á DUO.

MARIA.

Si sale y perece,
¡Dios mio, qué horror!
seré responsable
de tanto rigor.

Y luego el mancebo
me inspira afición.

¡No, no; que se quede
será lo mejor!

RAMIRO.

De mí se ha apiadado,
su enojo calmó.

Quizás á mis ruegos
accede su amor.

Dios mio, Dios mio,
¿qué siento, qué soy?

¿por qué con sus ojos
la paz me quitó?

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, D. PLÁCIDO, ANTON.

HABLADO.

PLÁCIDO. Si, si, verás... (Dentro.)

RAMIRO. ¡Ah! ¡gran Dios!

PLÁCIDO. Estaba seguro... (Dentro.)

ANTON. Padrino... Padrino... venid aqui, que corre prisa.

PLÁCIDO. ¿Qué haces tú aqui? ¿Qué papel es ese?

MARIA. La carta que tiró su merced al salir.

PLÁCIDO. ¡Venga! ¡Arruinado! Sin pensión... ¡sin nada!

MARIA. ¿Sin pensión? Pues en esta carta dice que su merced
la tiene ganada.

PLÁCIDO. ¿Cómo? (Leyendo.)

MARIA. Perdóneme su merced, la he leído sin querer...

PLÁCIDO. ¿Es posible!... (Después de leer la carta.) ¿No tengo tela-
rañas en los ojos? Si, si... (Dando saltos de alegría.)

- TODOS. ¡Qué le sucede! (Á Plácido. D. Plácido baila.)
ANTON. ¿Qué dice su mercé?
PLÁCIDO. Digo... digo que eres un asno.
ANTON. No lo niego, padrino.
RAMIRO. ¿Pero no me explicais?... (Á Plácido.)
PLÁCIDO. Si, si, alegraos, Ramiro, saltad de regocijo como yo.
RAMIRO. ¿Que salte?
PLÁCIDO. Si por cierto. Vuestro padre...
RAMIRO. ¿Y bien?
PLÁCIDO. Vuestro padre se equivocó... tiene pruebas... con este motivo... el otro... ha visto... y yo sin perjuicio de que vos... ¿me comprendéis?
RAMIRO. ¿Mi padre?
PLÁCIDO. Si, ¡quiere haceros militar! ¡vais á ser todo un coronel de caballería!
RAMIRO. ¡Es posible! ¡Ah! ¡Padre mio! ¡corramos!
MARIA. (Se vá, ¡Dios mio!)
ANTON. Buen viaje.
MARIA. ¿Con que os vais?
RAMIRO. Si; mas volveré: yo haré que me destanquen de guarnición cerca del molino.
ANTON. Muchas gracias; yo basto. No llores, Marujilla: yo te consolaré hasta donde puea.
-
- RAMIRO. Aunque de aquí me ausento
en breve volveré,
porque yo de tu boda
padrino quiero ser.
ANTON. No hace ninguna falta
que vuelva su mercé.
RAMIRO. Eres un majadero.
MARIA. Eres un descortés.
PLÁCIDO. Eres un mentecato,
estúpido y soez.
ANTON. No lo niego, padrino,
mas llévesele usté.

CANTO.

Á UN TIEMPO.

- PLÁCIDO. Empuñando la espada guerra,

RAMIRO.

mientras ruge la voz del cañon,
al combate volemós, Ramiro,
que nos brinda victoria y honor.
Si, volemós, mi pecho seenciende,
algo siento que excita mi ardor,
lucharé cual valiente soldado
si consigo victoria y amor.

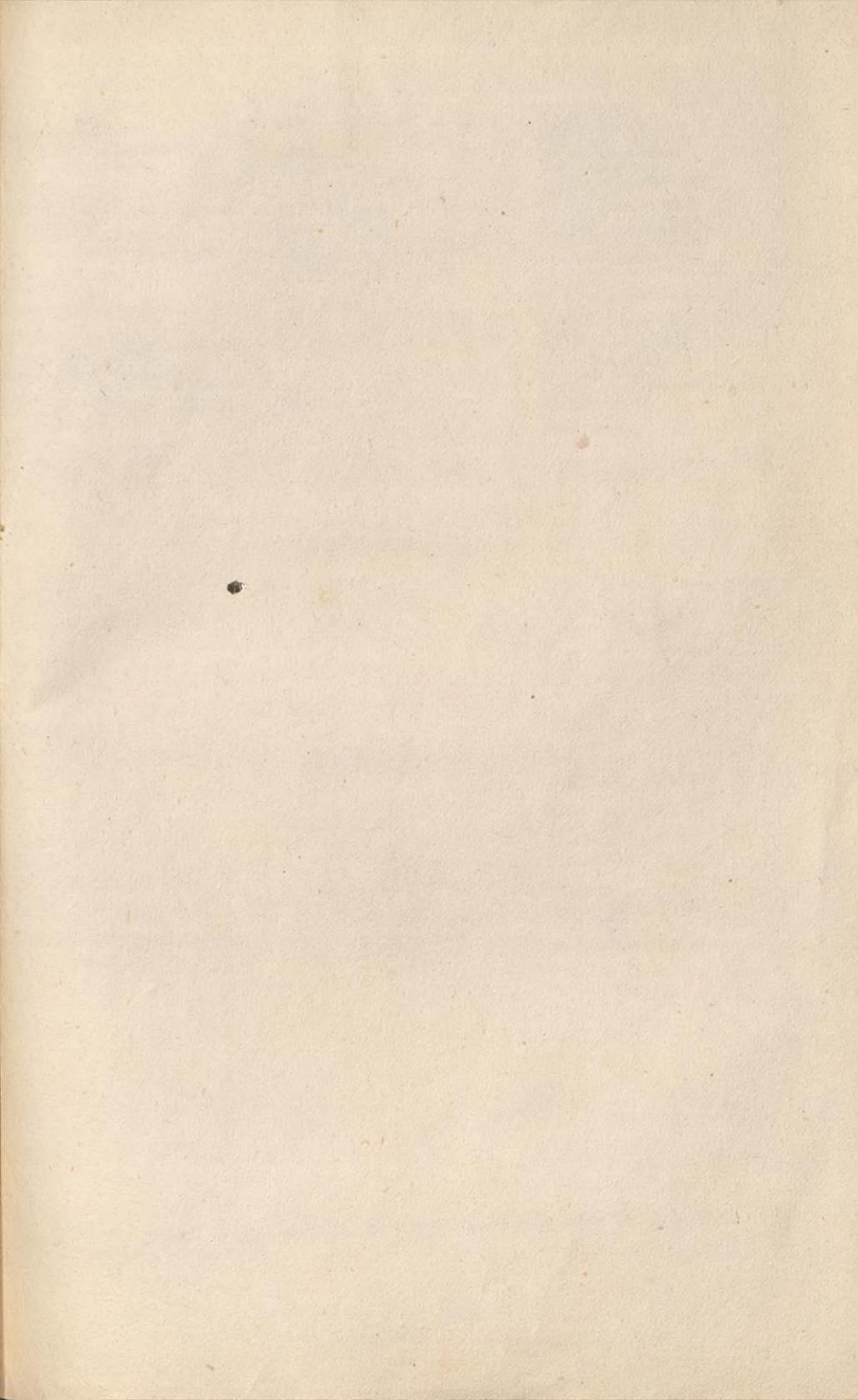
FIN DE LA ZARZUELA.

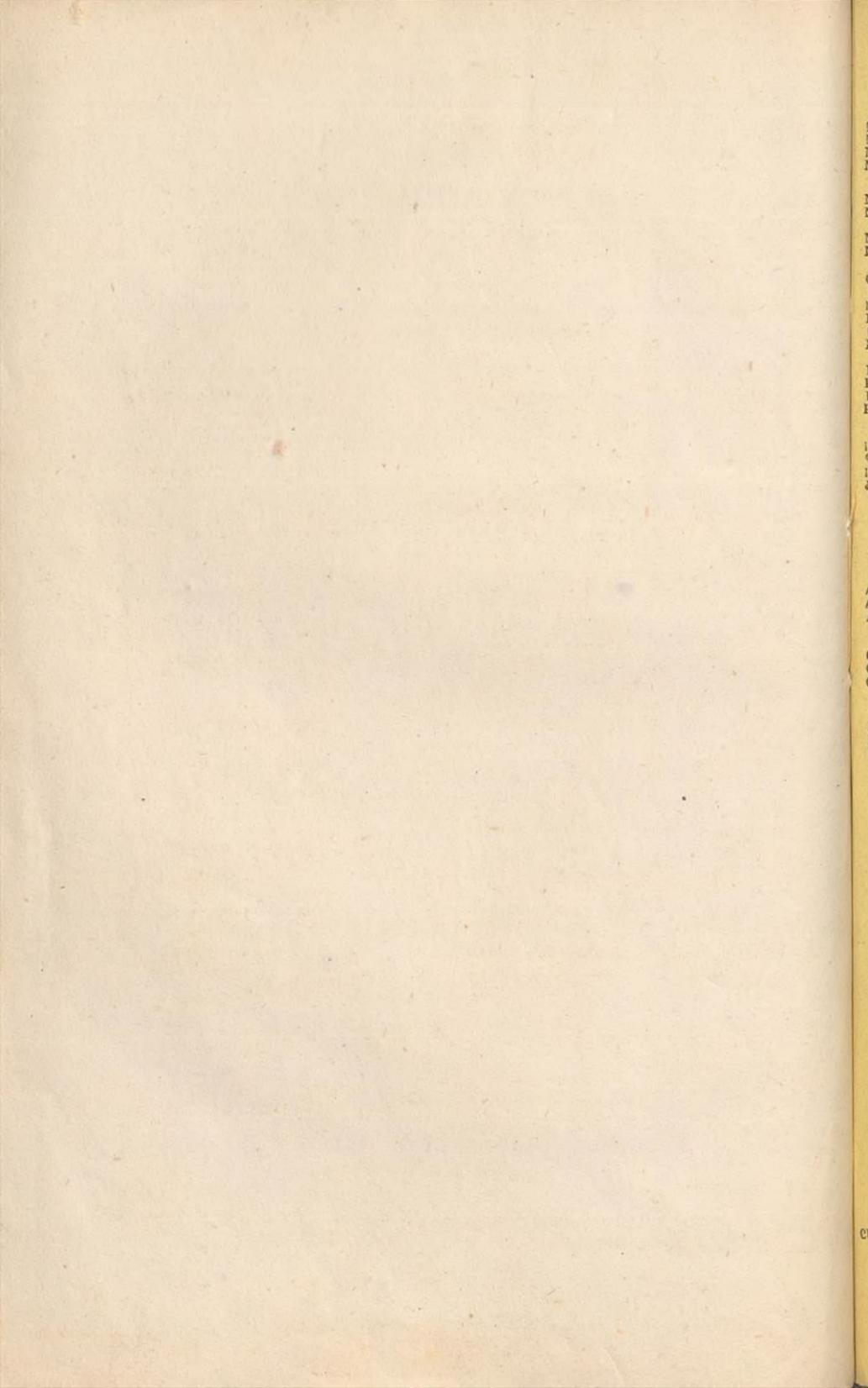
Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada con supresion de lo atajado en lá escena X.
Madrid 1.º de Mayo de 1863.

El censor de teatros.
ANTONIO FERRER DEL RIO.

Queda hecha lá indicada supresion.

EL AUTOR.





Marta y María.
Madrid en 1818.
Madrid á vista de pájaro.
Miel sobre hojuelas.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hom-
bre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.

Olimpia.

Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el
desagravio del Cid.
Por la puerta del jardín.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista
de Ronda.

¡Que convidó al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mía!
¡Quién es el autor?

¡Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imagen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid*).
Sueños de amor y ambición.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuración femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huésped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una lección reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocación.
Un retrato á quemarropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta viticiada.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una lección de corte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una lección de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la
Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
A cual mas feo.

Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Céiro y Flora.

D. Sisenando.
Doña Mariquita.
Don Crisanto, ó el Alcalde pro-
veedor.

El Bachiller.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El calesero y la maja.
El perro del hortelano.
En Ceuta y en Marruecos.
El Icon en la ratonera.
El último mono.
Enredos de carnaval.
El delirio (drama lírico.)
El Postillon de la Rioja (*Música*)
El Vizconde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitán español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El Colegial.
Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música*).
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro
omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música*).
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estatua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la corte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones
de Edimburgo.
La Jardinera. (*Música*)
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Mates.
Moreto. (*Música*).

Nadie se muere hasta que Dios
quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lucena.....	Cabeza.
Albacete.....	Perez.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Alcoy.....	Martí.	Mahon.....	Vinent.
Algeciras.....	Almenara.	Málaga.....	Taboadela.
Alicante.....	Ibarra.	Idem.....	Moya.
Almería.....	Alvarez.	Mataró.....	Clavel.
Avila.....	Lopez.	Murcia.....	Hered.de Andrión
Badajoz.....	Ordoñez.	Orense.....	Robles.
Barcelona.....	Sucesor de Mayol.	Orihuela.....	Berruezo.
Idem.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Bejar.....	Coron.	Oviedo.....	Martinez.
Bilbao.....	Astuy.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Burgos.....	Hervias.	Palma.....	Gelabert.
Cáceres.....	Valiente.	Pamplona.....	Barrena.
Cádiz.....	Verdugo Morillas y compañía.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Castellon.....	Perales.	Reus.....	Prius.
Ceuta.....	Molina.	Ronda.....	Gutierrez.
Ciudad-Real.....	Arellano.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Rodrigo..	Tejada.	San Fernando...	Martinez.
Córdoba.....	Lozano.	Sanlúcar.....	Esper.
Coruña.....	Lago.	Sta. C. de Tenerife	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Hernandez.
Ecija.....	Giuli.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara.....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Font.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valencia.....	Mariana y Sanz.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. ^a y Geltrú.	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	Illana.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	Bengoa.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
		Zaragoza.....	Lac.